

=Mas ¡esfuerzos inútiles! los tristes  
Pasados á cuchillo, dan del ánimo,  
El débil soplo que alentó un momento  
La consumida, moribunda lámpara.

¡Si visto hubieseis á las tristes madres  
A umbrales de las débiles cabañas,  
Altas las manos, esperar de hinojos,  
Húmedas en su llanto las semblanzas,

El momento cruel en que el hispano  
Hunda en su pecho la sangrienta espada....  
Por retardar la mísera, *este instante*,  
La dulce vida de unas prendas caras!

.....

Mas ah! quitad los ojos de este cuadro  
Que ahoga el pecho, que lastima el alma!  
Escenas tales, á los tigres mismos  
Trajeran á los párpados las lágrimas.

Y conmigo volved á los reales  
Do los pendones flotan de ambas bandas.  
=Al campamento del cruel hispano  
Dos sacerdotes de llegar acaban,

Que pálidos, las ropas en desórden,  
Triste la frente, inquieta la mirada:  
“¡No sois vosotros,” á Cortés preguntan,  
“ Los hijos de ese sol; á cuyas ráfagas

“ Brota la tierra flores y verdura;  
“ Y las flores, aromas que embalsaman;  
“ Y la verdura, deliciosos frutos,  
“ Y entrambos la existencia y bienandanza?

“ Por qué, nos explicad, el astro crea—  
“ Y vosotros dais muerte? El astro encanta  
“ Con su brillo y sus nubes de colores—  
“ Y vosotros sembrais luto, desgracia?

“ Y al astro las canoras avecillas  
“ Saludan cuando brota la escarlata  
“ En su templo de Oriente—y de vosotros  
Huyen confusas, tristes, desbandadas?....”

—“Nuestro padre es un sol aun mas espléndido,  
Mas dulce la influencia de su llama,”  
Les responde Cortés; “ pero en su ira  
“ Si al universo viera, le abrasara.

“ Nosotros, hijos suyos, su justicia  
“ Impresa retenemos en el alma,  
“ Y como Él, los bienes prodigamos;  
“ Mas cual de Él, terrible es nuestra saña.

“ Id á vuestro señor, esto explicadle,  
“ Y grabad en su mente estas palabras:  
“ ¡O el noble emperador tendrá conmigo  
“ De dulce paz conciliadoras pláticas,

“ O borraré dentro de una hora,  
Hasta el sangriento nombre de su raza! ”  
Los altos personajes no contestan,  
Lentos se inclinan, y tranquilos marchan.



Al espirar el término prescrito,  
Recibe el español esta embajada:  
“ Haced lo que gustéis: el nombre azteca,  
Del vuestro brillará sobre las manchas. ”

.....  
=Orgullo tanto hirió del estremeño  
El corazón altivo; y se abalanza,  
Olvidando el afecto generoso  
Que unos leves instantes abrigara,

Hacia los restos míseros de un pueblo,  
Digno por su valor, por su constancia,  
Por aquel heroísmo que la Historia  
Escribió con diamantes en sus páginas,

Digno, vuelvo á decir, cual ningún otro,  
Del alma libertad que suspiraba!  
—Miradle aún: guerreros esforzados  
Que supieron triunfar en cien batallas,

Mezclados con mugeres, viejos, niños,  
Y sacerdotes, y doncellas candidas,  
Todos pálidos, flacos, cadavéricos;  
Mas todos, centellantes las miradas.....

Mas todos rencorosos, indomables.....  
A par defienden la sagrada causa, <sup>116</sup>  
Desde los muros, puentes y azoteas,  
Dentro el lago, los fosos y calzadas!



En tanto Cuahutimótzin, despojándose  
Las imperiales vestes, las desgarras;  
Quiebra el cetro de oro y pedrería;  
Torna en fragmentos la preciosa tiara:

Y descendiendo (¡para siempre acaso!)  
De su solio de oro y esmeraldas;  
Con sonrisa sardónica prorumpe,  
Cayendo de sus ojos una lágrima:

“ Tízoc, devuelve al seno de mis tierras  
“ Sus funestas, riquísimas alhajas:  
“ ¡Pluguiese al cielo, y tan fatales frutos  
Dado no hubiese el infeliz Anáhuac!”

Dijo: vistióse el peto guarnecido  
De argentinas y auríferas escamas,  
Caló un morrion de cándido penacho,  
Asió su diestra la potente clava,

Y se lanzó á las lides, encubierto  
Bajo el casco de oro en filigrana,  
A buscar una muerte gloriosa  
Que fin pusiese á su existencia amarga.

.....

=A sus terribles, redoblados golpes,  
Sucumben los infantes de la España;  
Los ginetes vacilan, y se truncan  
Los cuadros de las tropas aliadas....

Mas, ah! que cuando el mísero combate  
Con mas ardor; observa la gallarda,  
Esbelta imágen de la fiel Tecuichpo  
Que valerosa esgrime la macana.

Despeja el héroe del profundo enojo  
Las potencias, y mira: ¡Ah, en su guarda  
Ha combatido la amazona bella  
Dés que en la liza él, sentó la planta!

Y atónito contempla el dulce objeto....  
Ah! y cuán hermosa, cuán gentil estaba!  
Cuán bien caian las inquietas plumas  
En su frente, en sus pulsos y garganta!

Y en su talle flexible y su coturno,  
Y en el carcax que suspendió á su espalda,  
Y en la que orla su abundoso pecho,  
De oro y conchas, vívida coraza.

Su enamorado esposo le reprende,  
Que así aventure su existencia cara;  
Que así se arroje á que los venda á entrambos  
La hermosura sin par de su semblanza.

-----

Tízoe en tanto, ocultos los tesoros,  
Vuelve al palacio; á Cuahutimoc no halla,  
Y vuela, acompañado del pontífice,  
Al sitio do los príncipes hablaban.

“ Grande señor! emperatriz augusta!”  
Gritan ambos al verlos á distancia;  
“ ¡Imprudentes!....” murmura Cuahutimótzin;  
Y redobla los golpes de su clava,

Hasta tocar el muro que defiende  
Como un gigante las reales casas.  
A una señal elévase el rastrillo,  
Y el puente cruzan.=En la régia estancia, 38

Se miran sin hablarse: se comprenden;  
 Con ternura blandísima se abrazan,  
 Y uno de otro en el sensible seno,  
 Vierte abrasantes sus postreras lágrimas.

Y uno de otro pósanse en la frente,  
 Entre ternezas y caricias castas,  
 Un ósculo postrer de despedida  
 Entre el fulgor de su postrer mirada.

—Se toman luego por la mano: ascienden  
 Al torreón mas alto del alcázar:  
 Juega en sus labios infantil sonrisa,  
 ¡Y al raudó abismo del confin se lanzan!....

.....  
 “Insensatos! qué haceis!” en este instante  
 De Xolotl el acento resonara:  
 Y con entrambas manos contuviera  
 A los suicidas por entrambas caudas.

“Qué haceis?” tornó á decir.... Pero sus brazos  
 Tener no pueden la preciosa carga.  
 “Socorro!”.... grita el noble sacerdote:  
 ¡Ay de los tristes si el socorro tarda!

Mas ¡oh dicha! han oido los acentos  
 Del torreón las convecinas guardias:  
 Vuelan.... y en salvo los hermosos príncipes,  
 Todo es placer, y regocijo, y lágrimas.

Vueltos á los salones imperiales;  
 Vuelta la multitud á la batalla  
 Que á los piés de los muros se sacude  
 Cual muchas tempestades desatadas,

El sacerdote usando un tono grave,  
 Así severo á Cuahutimótzin habla:  
 “Qué íbais á hacer? ¡Tan pronto os olvidásteis  
 “De juramentos tantos, que en las aras

“Y allá en las subterráneas catacumbas,  
 “Do yacen los señores del Anáhuac,  
 “Hicisteis; á las sombras invocando  
 “De Ahuizotl vuestro padre, y de Cuitláhuac?

“¡No prometisteis defender á México  
 “Con solo un combatiente que os quedara?  
 “No prometisteis apurar el cáliz  
 De intensas amarguras, por la patria?”

“¡Pero qué debo hacer,” pregunta el príncipe,  
 “Sin la postrera luz de la esperanza?”  
 —“Qué deberás!—*Huir, y vivir libre!*”  
 —“Y si cautivo?” —“Con vivir te basta.

“A nombre de los númenes de México,  
 “Te reclamo esa vida que intentabas  
 “Cortar de un golpe. *Morirás tan solo*  
*Por tus dioses, tu pueblo, ó su venganza!*”

Dijo el terrible anciano. Y se entendieron  
Entrambos personajes: sus miradas,  
Con atraccion magnética cruzándose,  
Cual de los astros las sutiles ráfagas.



Mas tornemos aún, por vez postrera  
Al sangriento furor de las batallas.—  
Los aztecas, invictos cual leones,  
El ángulo postrer que les quedaba

Defendieron constantes!.... Mas los tristes,  
Ahora con las ondas á la barba,  
¿Cómo esquivar el plomo del mosquete?  
El bronce arrasador de la metralla?

¡O el choque impetuoso de las naves  
Del español, que á velas desplegadas,  
Recorren en opuestas direcciones  
El espejo sangriento de las aguas?....

Crujen los cráneos al embate fiero  
De estos gigantes: y la azteca raza  
Se consume á millares.... los cadáveres,  
Apiñados, en islas se leyantan!

Mas ved ahí: una nave se desprende  
De la flota mortífera: sus alas  
Agitando siniestras, parecia  
Una infernal emanacion fantástica.

=Y ved mas allá aún: rizando el lago,  
Fugitiva deslízase una barca  
A la que quiere el bergantin alígero  
Con empeño frenético dar caza.

Ya se aproxima á ella, ya se aleja;  
Ya se pierden entrambos en las cañas;  
Ya entrambos reaparecen, revolviendo  
Sobre los pasos mismos que avanzaran.

¡Ya en fin se tocan! detenida aquella  
En la curva fatal de una ensenada.  
Y un cierto Olguin que la española nao  
En calidad de gefe comandaba,

Da la órden de "fuego," á los mosquetes,  
Sobre la triste presa atribulada.  
Mas ántes de que fuese obedecido,  
Oye una voz de angelical garganta

Que le grita: "Esperad, hombres crueles!"  
=¡Era la bella emperatriz de Anáhuac  
Que á un solo salto, cual esbelta corza,  
Quedó de pié al confin de la piragua.

Al ver la magestad y el aire altivo  
De la linda amazona mexicana,  
No puede menos el soberbio ibero,  
Baja la frente, abate la mirada.

Cuahutimótzin, poniéndose á su lado,  
Blande en la diestra una española daga.  
—“ Soy prisionero vuestro! En el instante  
Conducidme á Malíntzin.<sup>117</sup> Mas ” (exclama

Con voz de trueno) “ llevareis tan solo  
“ Nuestro polvo y el polvo de mis sátrapas,  
“ Al primer desacato que intentareis  
Contra la bella emperatriz infausta! . . . ”

Dice: y entrambos, y Xolotl y Tízoc,  
Y los grandes señores de su guardia,  
Y algunos otros príncipes y nobles,  
Juntos, á bordo de la nave pasan.

---

Cortés previsto había el caso extremo  
Que dictaron al rey las circunstancias,<sup>118</sup>  
Y á todas encargó y á cada una  
De las naos, la asidua vigilancia.

Con afrentosa muerte amenazando  
Al que, cautivo el príncipe, atentara  
Contra su vida, ó los respetos altos  
Al gran señor debidos, del Anáhuac.

Y, para dar ejemplo, él mismo ordena  
Se improvise una tienda de campaña  
Con cortinajes de tisú y de púrpura,  
De blancos linos y exquisitas lamas:

(Lo mas precioso hallado en esta línea  
De las diversas naves en las cargas).  
Ademas ordenó se dispusiese  
El banquete mas regio: que el monarca,

Tras la abstinencia de noventa dias,  
Acepte acaso, en medio su desgracia.  
Mas hele ahí. Distinguese á lo léjos  
Por su elegante y magestosa talla,

Su porte altivo, su resuelto paso,  
La beldad varonil de su semblanza,  
Sus negros ojos á doquier vertiendo  
La irresistible luz de su mirada.

Cortés al verle; en medio de los suyos  
A recibirle, atento se adelanta,  
Ricamento vestido, y punta en blanco,  
Con armadura de bruñida plata.

Entrambos héroes permanecen mudos  
Unos instantes. Ambos procuraban  
Leerse sobre el rostro: el uno, el brio  
Y el talento sublime con la audacia.

El otro la virtud, la fortaleza,  
El valor, la cordura, la constancia,  
Y aquel afecto en Cuahutimoc ternísimo:  
El amor inefable de la patria.

Rompen entrambos el silencio unísonos,  
“¡Héroe!” exclamando; y tras ligera pausa,  
“¡Cuán grande sois!” acordes añadiendo,  
“¡Cuán hermoso el laurel que os engalana!”

El héroe mexicano continúa:  
“Malíntzin, has triunfado del Anáhuac...  
“Cuán inmensa es tu gloria! he aquí, oh Malíntzin,  
De *¡un rey azteca!* las vencidas armas!”

.....  
.....

“¡Oh vergüenza! oh baldon! oh afrenta mia!...  
Dijo con voz terrible; y á la daga  
Que pende al cinto de Cortés, frenético,  
Para darse la muerte, se abalanza.

Xolotl entonces y Tecuichpo, súbitos:  
“Tus juramentos!” á una voz exclaman:  
Mientras Cortés, retrocediendo un paso,  
Leva la hoja, y al suicida salva!<sup>119</sup>

“Ambicioso guerrero!” le apostrofa  
El héroe castellano, “¿no te basta  
“Ver á Tenochtitlan hecha cenizas?  
“Ver tinto un lago en sangre mexicana?”

“Ver todo un pueblo sucumbir glorioso  
“Por defender su sacrosanta causa?  
“¿Aun tu insaciable corazón no llenan  
“Tanto heroísmo, tan brillantes palmas?”

“Ah, héroe! como tú, amo la gloria,  
“Esa ilusión, esa quimera mágica!  
“Mas, héroe, si me fuese permitido,  
“Por tus cadenas mi laurel trocará.<sup>120</sup>

“Porque este lauro que arranqué á tus sienes,  
“Ese cetro, ese trono, esa tiara,  
“Y esa tierra de oro y flores vírgenes,  
“¡Todo es ceniza en sangre salpicada!

“Vive guerrero ilustre: que una aurora  
“Mas hermosa que el iris, tu semblanza  
“Circuye fiel, en tanto que mi frente  
Lleva maldita una indeleble mancha!”

Dijo: enjugó en su pálida mejilla  
Las húmedas señales de una lágrima,  
Y pasóse la mano por la frente  
Cual si borrar quisiese algún fantasma.

¡Era un héroe en verdad!... empero el oro  
A tan negras traiciones le arrastrara,  
Que á la luz imparcial de cuatro siglos,  
Al contemplarle, aun se confunde el alma.

La dignidad, que consignó los nombres  
De los seres egregios en las páginas  
De la severa Historia, aún vacila  
Al encontrar contradicciones tantas.

Yo,— *escribiera su nombre con diamantes*  
*De oro puro, sobre limpia plancha....*  
*Después, con un borron negro, indeleble,*  
*El brillo de las piedras apagara.*<sup>121</sup>



Mas conmigo tornad á su presencia.  
Ved: Es el gran festin en que el monarca  
Empero la abstinencia, gusta apenas  
El seductor placer de las viandas.

Durante la comida, el estremño,  
Confuso en reflexiones encontradas,  
Las deja solo á contemplar del jóven  
La noble faz; ó la hermosura rara

De la dulce Tecuichpo, en quien constante  
Fija el concurso todo, sus miradas.  
= Concluido el banquete, da sus órdenes  
A levantar las triunfadoras bandas

Para plegarse á los pristinos sitios  
Do sus fuertes reales asentara.  
= El réy pidió para los restos míseros  
De su pueblo infeliz, salida franca.

Y un momento despues (ah! nunca visteis  
Cuadro mas digno de profunda lástima!)  
Los combatientes, trémulos, heridos,  
El paso incierto, las figuras pálidas,

Consuntos de la fiebre, de la hambre,  
De la sed, la infiecion!... apenas arrastran....  
Sobre sus hombros débiles llevando  
Los tiernos hijos, ó la esposa cara:

Ó tan piadosos cual el triste Eneas,  
Al padre anciano; que empapando en lágrimas  
Lleva á la vez en sus convulsos brazos  
De sus vencidos dioses las estatuas.

Acaso estos infaustos revolvan,  
Por mil veces aún, á las heladas,  
Tristes cenizas del hogar querido!...  
— Ó á través del azul de las montañas



La nueva tierra descubrir pretenden  
 Que á sus victos penates aceptara:  
 Rompiendo en una cántiga ternísima:  
 “¡Adios, suelo adorado!... adios, Anáhuac!...”



La noche misma, de doquiera brotan  
 Los horizontes, hórridos fantasmas  
 En nubarrones negros dibujados,  
 Que la hidra y los lampos enjendraran.

Se sacuden con ímpetu los vientos,  
 Y se incorporan las inmensas masas,  
 Y el fulgor fulminante reverbera  
 Al reventar los rayos en el agua.

Al lúgubre retumbo, se diría  
 Que, arrancados por fuerza de sus aras,  
 Al trasponer la atmósfera de fuego  
 Los tutelares dioses, rebramaban.



Tres auroras despues, de secos leños  
 Brillan á par dos piras inflamadas:  
 Están de pié en sus puntos culminantes  
 Tízoc y Cuahutimoc entre las llamas.

El tesorero con sus propias manos  
 Pábulo añade á las sedientas brasas.  
 Y en voz tonante, “¡los tesoros!” grita,  
 “¡Los tesoros!” repiten las montañas.<sup>122</sup>

Se dijera que allá desde las cumbres,  
 Las deidades proscritas contemplaban  
 El suplicio cruel, no comprendiendo  
 Tan negro crimen, avaricia tanta!

El héroe, empero, sonriente el labio,  
 Alto el rostro, apacible la semblanza,  
 En estos dulces goces se adormia:  
 La dulce paz, el bienestar del alma.

Ah! era mas feliz que su berdugo!....  
 ¡Era inocente!....= Tízoc en el ansia  
 De la horrorosa axfixion del fuego,  
 Á declarar sus labios desplegara;

Mas el héroe, al fulgor de sus pupilas,  
 Cual en flúido magnético, le baña.  
 Selló Tízoc sus labios: y la Historia  
 Recojió estas lindísimas palabras:

“¿Son, por ventura, rosas las que huello?”<sup>123</sup>  
 —“Oh Cuahutimótzin! quién sobre sus páginas  
 “Escribió este renglon?... Ah!... no era digno  
 Sino de tí, DEL HÉROE DEL ANÁHUAC!”

Dijo Cortés que en el momento mismo  
 Á salvar á su víctima llegaba.  
 Mas ya era tarde: y la inflexible Historia  
 ¡Sobre su nombre ennegreció la mancha!

Miró Cortés con ira al tesorero:  
 Miró á la soldadesca despiadada:  
 Se maldijo á sí mismo, porque diese  
 Consentimiento á tan inicua infamia;

Y á libertar al desgraciado príncipe  
 Lanzóse por en medio de las ascuas.  
 “¡Vive aún!” exclamó. = ¡Del triste Tízoc,  
 Solo quedaba la ceniza helada!

Treinta lunas despues; cerca del istmo,  
 Lazo que á entrambos continentes ata,  
 ¡Una auríola al jóven circuida!...  
 ¡Un dogal estrechaba su garganta!<sup>124</sup>

= Así el gigante, belicoso imperio,  
 Que puso un dios marcial sobre sus aras,  
 Con sus dioses y reyes volvió al polvo...  
 ¡MAS NO EMPAÑÓ LA GLORIA DE SUS ARMAS!<sup>125</sup>

Siglos despues, de sus cenizas yertas,  
 Como la hermosa fénix egipciaca,  
 La México moderna renacia  
 Tinta de oro, nieve y escarlata.

FIN DEL POEMA.